



# Homilías

P. Félix Castro Morales

Sacerdos

**#153**

ABRIL

MAYO

JUNIO

**2024**



## Domingo de la Misericordia

El domingo de **la Divina Misericordia** nace de un pedido de Cristo a una religiosa polaca del siglo XX, santa Faustina. **Es una fiesta para manifestar en el mundo su inmensa compasión por los Hombres:** "Deseo que la fiesta de la Misericordia sea un recurso y un refugio para todas las almas y sobre todo para los pobres pecadores. En este día, las puertas de mi misericordia están abiertas, yo les daré un océano de gracias a las almas que se aproximarán a la fuente de mi misericordia" le dijo Jesús a santa Faustina.

**Esta fiesta se ubica** el primer domingo después de Pascua y ha sido instituida oficialmente por san Juan Pablo II durante la canonización de esta religiosa, el 30 de abril de 2000. Con este domingo concluimos la Octava de Pascua, como un único día "hecho por el Señor", marcado con el distintivo de la Resurrección y por la alegría de los discípulos al ver a Jesús.

De misericordia y de bondad divina es rica **la página del Evangelio de san Juan** (20,19-31) de este domingo. En él se narra que Jesús, tras la Resurrección, visitó a sus discípulos atravesando las puertas cerradas del Cenáculo. **San Agustín** explica que "las puertas cerradas no han impedido la entrada de ese cuerpo en el que habitaba la divinidad. Aquel que naciendo había dejado intacta la virginidad de la madre pudo entrar en el Cenáculo con las puertas cerradas" (*In Ioh.* 121,4: CCL 36/7, 667); y **san Gregorio Magno** añade que nuestro Redentor se presentó, tras su Resurrección, con un cuerpo de naturaleza incorruptible y palpable, pero en un estado de gloria (cfr *Hom. in Evag.*, 21,1: CCL 141, 219).

**"Dios se ha revelado, manifestando muchas veces su nombre, y este nombre es "misericordioso"** (cf. Ez 34,6). Así como la naturaleza de Dios es grande e infinita, del mismo modo es grande e infinita su misericordia, hasta el punto que parece una tarea difícil poder describirla en todos sus aspectos.

Recorriendo las páginas de la Sagrada Escritura, encontramos que **la misericordia es sobre todo cercanía de Dios a su pueblo.** Una cercanía que se manifiesta principalmente como ayuda y protección.

**Es la cercanía de un padre y de una madre** que se refleja en una bella imagen del profeta Oseas: "Con lazos humanos los atraje, con vínculos de amor. Fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas. Me incliné hacia él para darle de comer" (11,4)" (Francisco 2 de abril 2016).

Por otra parte, hemos contemplado en el Evangelio cómo Jesús muestra **los signos de la pasión**, hasta concediendo al incrédulo Tomás que los tocara. ¿Cómo es posible, sin embargo, que un discípulo pueda dudar? En realidad, la condescendencia divina nos permite sacar provecho también de la incredulidad de Tomás, al igual que de los discípulos creyentes. De hecho, tocando las heridas del Señor, el discípulo vacilante cura no sólo su propia desconfianza, sino también la nuestra (Benedicto XV11 de abril de 2010).

La visita del Resucitado no se limita al espacio del Cenáculo, sino que va más allá, para que todos puedan recibir el don de la paz y de la vida con el "Soplo creador". De hecho, en dos ocasiones dijo Jesús a los discípulos: **"¡Paz a ustedes!"**, y añadió: "Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo". Dicho esto, sopló sobre ellos, diciendo: "Reciban el Espíritu Santo. **A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados;** a quienes se los retengan, les quedan retenidos". Esta es la misión de la Iglesia, perennemente asistida por el Paráclito: llevar a todos el alegre anuncio, la gozosa realidad del Amor misericordioso de Dios, "para que – como dice san Juan – crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y **para que creyendo tengan vida** en su nombre" (20,31) (Ibidem).

También el Evangelio nos relata cómo Jesús instituyó el Sacramento de la Confesión. **"A los que les**



**perdonen los pecados, les quedarán perdonados y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar**". Sobre este sacramento de reconciliación y de paz habló Jesús a Santa Faustina: *"Cuando vayas a confesarte debes saber que Yo mismo te espero en el Confesionario, sólo que estoy oculto en el Sacerdote. Pero Yo mismo actúo en el alma. Aquí la miseria del alma se encuentra con el Dios de la Misericordia. Y para acogerse a Él no nos pide grandes cosas: sólo basta acercarse con fe a los pies de mi representante (el Sacerdote) y **confesarle con fe su miseria ... Aunque el alma fuera como un cadáver descomponiéndose, (es decir, muerta y descompuesta por el pecado) y que pareciera estuviera todo ya perdido, para Dios no es así ... ¡Oh! ¡Cuán infelices son los que no se aprovechan de este milagro de la Divina Misericordia!**"*.

También nosotros como Tomás, hemos de **encontrar a Jesús resucitado en los sacramentos**, especialmente en los sacramentos de la Eucaristía y la Confesión, y decirle con el corazón: *"Señor mío y Dios mío"*. Y después de ese profundo acto de fe, recibir de Jesús, la paz y el gozo del resucitado, que nos dice: **"Dichosos serán los que crean sin ver"**.

Que la Virgen... nos ayude a **ser testigos en medio del mundo, no siendo cristianos de museo ni mundanos con apariencia de ser cristianos**. Que Ella nos ayude a dejar que Él nos ame y nos llene de misericordia, para ser 'misericordiosos como el Padre'; que entendamos que el Señor es fiel y no desilusiona.

*Una vida nueva en Cristo Jesús, vivo y glorioso entre nosotros*

Vida nueva que implica arrepentirnos de nuestros pecados y convertirnos (1ª lectura). Vida nueva de santidad, gracias al perdón de los pecados ofrecido por Cristo como víctima de expiación por nuestros pecados (2ª lectura). Vida nueva que tenemos que transmitir a nuestros hermanos para que vuelvan también a Dios (evangelio).

En nuestro camino de la Pascua, ahora que le toca a **San Lucas presentarnos una escena de Cristo resucitado**, nos hace ver a los discípulos reunidos “hablando de Jesús”. Empiezan apenas a asimilar que Cristo ha resucitado y se quedan asombrados ante los relatos de los caminantes de Emaús que les cuentan cómo lo han reconocido al partir el pan. Ellos mismos explican que no acaban de comprender cómo podían tener tanta desilusión y tanto temor a tal grado de abandonar la comunidad y todos los sueños del Reino, y volver derrotados a sus vidas ordinarias. Sin embargo un pan partido y compartido les ha devuelto la esperanza y los ha hecho regresar en la oscuridad pero con el corazón iluminado.

La Pascua supone un encuentro con el Cristo resucitado y glorioso, a través de la Iglesia, a través de la carne de nuestro hermano en quien palpita la vida divina y a través de los sacramentos, donde dejó su huella invisible y regalos visibles que el Cristo Pascual nos dejó para derramar y compartir con nosotros la vida divina. El cristianismo es justamente el encuentro con una persona viva, Jesucristo, a quien el Padre resucitó venciendo las ataduras del pecado y de la muerte. Ahora bien, el encuentro con Cristo resucitado pide de cada uno de nosotros vivir la vida nueva que Cristo ganó con su muerte y resurrección. Vida nueva que implica arrepentirnos de nuestros pecados, causantes del sufrimiento y muerte de Cristo Jesús; implica dejar nuestra vida antigua y mundana, como tantas veces nos pide el papa Francisco. Este arrepentimiento nos llevará a arrodillarnos ante el sacramento de la Penitencia, donde la sangre de Cristo nos lava, nos purifica, nos santifica y vuelve a brillar en nosotros la vida nueva del Resucitado.

Esta vida nueva nos lanza a una vida de santidad, que no significa ser inmaculados, sino una lucha contra el pecado en nuestra vida. **San Juan en la segunda lectura** de hoy nos urge a que no pequemos. El pecado ofende a Dios, ¡qué ingratitud para con nuestro Padre Dios! El pecado ofende a Cristo, ¡qué pena para nuestro Amigo y Redentor! El pecado ofende a la Iglesia, ¡qué falta de amor filial! El pecado ofende nuestra dignidad cristiana, ¡qué vergüenza! Cristo se inmoló como víctima de expiación por nuestros pecados. Por tanto, Él ya destruyó el pecado con su muerte. Lo que tenemos que hacer es cumplir con amor y por amor los mandamientos de Dios, seguirá diciendo san Juan en su carta. Cumpliendo sus mandamientos y nuestros deberes del propio estado estamos demostrando la vida nueva en nosotros.

La vida nueva no podemos guardarla para nosotros. Tenemos que *transmitir a nuestros hermanos esta vida nueva*, para que todos los que pasen a nuestro lado también experimenten los efectos de la vida de Cristo resucitado a través de nosotros, de nuestro testimonio y de nuestra palabra. “Hoy más que nunca evangelizar quiere decir dar testimonio de una vida nueva, trasformada por Dios”.

La vida nueva que implica la resurrección de Cristo es un salto cualitativo, un incremento de vida desconocido antes, una nueva dimensión de ser hombre. Tan real e inimaginable que lo único que podemos hacer es dar testimonio de ella en acción, comunicándola -como dice Julián Carrón- *a través de la luminosidad del rostro, a través de la intensidad de la mirada, de la relación con la realidad, de la forma de tratar todo*. Porque **a Cristo resucitado se le ve por el hecho que existe el pueblo de Dios**, el pueblo cristiano, porque *este pueblo brota continuamente del acontecimiento de Su presencia viva, de la fascinación de Su presencia,*



*del atractivo de la belleza de Cristo vivo. El pueblo nuevo es la demostración, la evidencia de Cristo resucitado, de su victoria.*

**San Pablo resume así la vida nueva** de quien ha resucitado con Cristo: *“Serán así limpios e irreprochables; serán hijos de Dios sin mancha en medio de una generación mala y perversa, entre la cual deben brillar como lumbreras en medio del mundo, manteniendo con firmeza la palabra de vida”* (Flp 2, 15-16).

Que la Santísima Virgen María..., a quien los cristianos católicos de la Diócesis de Irapuato, expresamos en este mes de abril nuestro especial cariño y devoción, nos haga más fieles discípulos misioneros de su Hijo.

Jesús es nuestro *Pastor*

La liturgia del IV Domingo de Pascua nos presenta uno de los iconos más bellos que, desde los primeros siglos de la Iglesia, han representado al Señor Jesús: el del Buen Pastor. El Evangelio de san Juan, en el capítulo décimo, nos describe **los rasgos peculiares de la relación entre Cristo Pastor y su rebaño**, una relación tan estrecha que nadie podrá jamás apartar a las ovejas de su mano. Estas, de hecho, están unidas a Él por un vínculo de amor y de conocimiento recíproco, que les garantiza el don inconmensurable de la vida eterna. Al mismo tiempo, **la actitud del rebaño hacia el Buen Pastor**, Cristo, es presentada por el Evangelista con dos verbos específicos: **escuchar y seguir**. Estos términos designan las características fundamentales de aquellos que viven el seguimiento del Señor. Ante todo, **la escucha de su Palabra**, de la que nace y se alimenta la fe. Sólo el que está atento a la voz del Señor es capaz de valorar en su propia conciencia las decisiones justas para actuar según Dios. De la escucha deriva, por tanto, **el seguir a Jesús**: se actúa como discípulo después de haber escuchado y acogido interiormente las enseñanzas del Maestro, para vivirlas cotidianamente.

**La relación entre Cristo Pastor y su rebaño.** Jesús es el Pastor que va delante, guiándonos; detrás, protegiéndonos; a nuestro lado, animándonos. Pastor que nos conoce por nuestro nombre, conoce nuestras cualidades y defectos. Nos ama. Nos alimenta con los sacramentos y con su palabra y con el magisterio de la Iglesia. Nos cura cuando estamos heridos por haber saltado del redil y caído en alguna zarza o trampa. Nos defiende de los lobos que nos rodean, de los mercenarios y de los falsos pastores que nos engañan con sus ideologías, que nos esquilan y engordan a costa de nuestra lana, que huyen en los momentos de peligros dejándonos solos. Contra todos estos falsos pastores, Cristo reivindica su papel: “Yo soy el Buen Pastor. Conozco mis ovejas y las mías Me conocen”. Es el Buen Pastor porque es el Camino, la Verdad y la Vida.

**La actitud del rebaño hacia el Buen Pastor.** Las ovejas de Jesús, sus verdaderos seguidores, conocen, aman, escuchan y obedecen al Buen Pastor, y lo siguen, como las ovejas escuchan y obedecen a su pastor. Y como las ovejas están seguras de que el pastor las llevará por buenos caminos y a buenos pastos, así los verdaderos cristianos saben que Cristo los llevará por caminos seguros a las praderas eternas.

Jesús aclara qué significa ser ovejas suyas: escuchar su voz, ser conocidos y amados por él, conocerlo con un conocimiento amoroso, y seguirlo como pastor y Maestro, Camino, Verdad y Vida. “Ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú has enviado” (Jn 17, 3).

Seguir a Jesús es aceptar su forma de vida, sus sentimientos, sus criterios, su manera de ser, de pensar, de hacer y de amar. Es aceptarlo y acogerlo a él como Persona viva, amabilísima, presente y actuante, manteniendo con él una relación íntima, confiada, asidua, gozosa.

En este domingo también recordemos a los Pastores de la Iglesia, y a quienes se están formando para ser Pastores. Hoy la Iglesia nos invita a una especial oración por los obispos – ¡incluido el Obispo de Roma! –, por los párrocos, por todos aquellos que tienen responsabilidades en la guía del rebaño de Cristo, para que sean fieles y sabios al llevar a cabo su ministerio. En particular, rezamos por las vocaciones al sacerdocio y a la vida Consagrada en esta Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, para que no falten nunca obreros válidos en la mies del Señor.

Por consiguiente, no olvidemos que *“Si existen buenas ovejas, hay también buenos pastores, porque de las buenas ovejas se hacen los buenos pastores. Pero todos los buenos pastores coinciden en uno, son uno.*



*Cuando ellos apacientan, Cristo apacienta... es él mismo quien apacienta cuando ellos apacientan; el Señor dice: Yo apaciento; porque en ellos está su voz, en ellos está su amor" (San Agustín comentando el capítulo 34 de Ezequiel).*

Hermanos y hermanas, revigorizados por la alegría pascual y por la fe en el Resucitado, confiemos nuestros propósitos y nuestras intenciones a la Virgen María, madre de toda vocación, para que con su intercesión suscite y sostenga numerosas y santas vocaciones al servicio de la Iglesia y del mundo.

### *Cristo es la Vid, nosotros los sarmientos*

En la parábola de la vid, Jesús nos dice: “Yo soy la vid, ustedes los sarmientos” (Jn 15, 5). Y esto significa: “Así como los sarmientos están unidos a la vid, de igual modo ustedes me pertenecen. Pero, perteneciendo a mí, pertenecen también unos a otros”. Y este pertenecerse uno a otro y a Él, no entraña un tipo cualquiera de relación teórica, imaginaria, simbólica, sino casi me atrevería a decir, un pertenecer a Jesucristo en sentido biológico, plenamente vital. La Iglesia es esa comunidad de vida con Él y de uno para con el otro, que está fundada en el Bautismo y se profundiza cada vez más en la Eucaristía. “Yo soy la verdadera vid”, significa en realidad propiamente: “Yo soy ustedes y ustedes son yo”; una identificación inaudita del Señor con nosotros, su Iglesia.

La vid es una imagen que sirve para indicar al Pueblo de Dios: “Dios plantó una vid en este mundo. Dios cultivó esta vid, su viña, y la ha protegido”. Esta imagen de la vid, de la viña, tiene un significado esponsal y es expresión del hecho de que Dios busca el amor de su criatura, que quiere entrar en una relación de amor, en una relación esponsal con el mundo a través del Pueblo elegido por Él.

En este pasaje evangélico, encontramos algunas palabras clave que dan la indicación del anuncio que el Señor quiere hacer con este texto. **‘Permanecer’**: en este breve pasaje, encontramos la palabra ‘permanecer’. Así debemos permanecer: ramas unidas al tallo. Se trata de una parábola realmente significativa, porque expresa con gran eficacia que la vida cristiana es misterio de comunión con Jesús: “El que permanece en mí y yo en él —dice el Señor—, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5).

Por los ramos corre y circula la savia, formada por agua y compuestos nutrientes. La savia transporta el alimento para los sarmientos. Cristo es la Vid y la savia de la Iglesia, de nuestras comunidades y de nuestra alma (Evangelio). Y los frutos de esos sarmientos unidos a la Vid son: la caridad (2ª lectura), la valentía en la predicación para que otros se injerten a esa Vid que es Cristo (1ª lectura).

*Los sarmientos unidos a esa Vid-Cristo, darán mucho fruto. Fue el día de nuestro bautismo cuando nuestros ramos se unieron a esa Vid-Cristo. Desde ese día comenzó a fluir en todo nuestro organismo la savia divina, la vida de Dios, con los nutrientes de la fe, de la esperanza y de la caridad. Nuestro sarmiento necesita más savia, es decir, vida divina, para que crezca, se desarrolle y obtenga los tallos, las ramas, las hojas y los frutos esperados. Esta savia nos viene inyectada en la participación de los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía. ¿Qué frutos? Frutos en la vida personal son las virtudes. Frutos en la vida familiar: unión, diálogo, respeto, fidelidad, educación de los hijos. Frutos en la vida profesional: honestidad, rectitud, responsabilidad. Frutos en la vida pastoral: interés por las personas, apertura a los diversos grupos, movimientos y carismas, colaboración mutua, compromiso con la evangelización.*



Pero *los sarmientos desprendidos* de esa Vid-Cristo, morirán. El sarmiento se desprende de la Vid-Cristo cuando peca. ¿Qué pasa? El pecado mortal impide totalmente la irrigación sobrenatural y nos convierte en una rama seca y estéril. ¿Y para qué sirve una rama seca sino para tirarla al fuego de la inutilidad? Las faltas veniales, las imperfecciones y mediocridades constantes son como una arteriosclerosis que endurecen poco a poco nuestro corazón por falta de irrigación, pues las arterias del alma se vuelven rígidas y gruesas, dificultando la circulación sanguínea de la vida divina.

Tiene que quedar bien claro que los sarmientos más fructíferos serán podados para que den más fruto. Es una paradoja que hemos de entender. Pensemos en la vida de los santos: cuanto más santos, más podas y pruebas tenían, físicas, morales y espirituales. Dios los podaba para que dieran más fruto. Probó a santa Teresa de Jesús y a san Juan de la Cruz, y cómo. Probó y podó a santa Teresita de Lisieux. Probó y podó a san Juan Bosco. Probó y podó a san Juan Pablo II. Gracias a esa poda, caen de nosotros las ramas inútiles, los retoños que dificultaban al paso triunfal de la savia de Cristo, las hojas secas de nuestra voluntad propia, de nuestros deseos mundanos, infantiles y caprichosos. Ante las podas, paciencia. Y mirar a Cristo que fue podado hasta el final de su vida: abofeteado, pisoteado, hecho gusano por nosotros en la cruz. Y al final dio el fruto de los frutos: la salvación eterna de la humanidad y la reconciliación con su Padre celestial.

**¿Estoy** unido a Cristo-Vid en la oración, en la Eucaristía? Cuando he tenido la desgracia de desprenderme de esa Vid, ¿he acudido a la confesión donde recibiré de nuevo la irrigación de la vida divina perdida por el pecado? ¿Me dejo podar por Dios para que mi sarmiento produzca mejor fruto o me rebelo? ¿Ofrezco a mis hermanos los frutos de mis sarmientos?

Señor, aprieta mi sarmiento a tu Vid para que cada día tu vida divina invada todo mi ser. Señor, manda tu lluvia del cielo para que siempre esté verde mi sarmiento y crezca. Señor, que no tenga miedo a la poda, porque así me desprenderás de todos lo que no me deja crecer.

*Que mi gozo esté en ustedes*

Hoy Jesús nos dice en el evangelio: permanezcan en mi amor. Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. **Les he dicho esto, para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea colmado.** Nos centramos en las palabras que mi gozo esté en ustedes.

Los libros del Antiguo Testamento habían preanunciado la alegría de la salvación, que se volvería desbordante en los tiempos mesiánicos. El profeta Isaías se dirige al Mesías esperado saludándolo con regocijo: “Tú multiplicaste la alegría, acrecentaste el gozo” (9,2). Y anima a los habitantes de Sión a recibirlo entre cantos: “¡Den gritos de gozo y de júbilo!” (12,6).

Pero quizás la invitación más contagiosa sea la del profeta Sofonías, quien nos muestra al mismo Dios como un centro luminoso de fiesta y de alegría que quiere comunicar a su pueblo ese gozo salvífico: “Tu Dios está en medio de ti, poderoso salvador. Él exulta de gozo por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo” (So 3,17). Es la alegría que se vive en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana, como respuesta a la afectuosa invitación de nuestro Padre Dios: “Hijo, en la medida de tus posibilidades trátate bien [...] No te prives de pasar un buen día” (Si 14,11.14). ¡Cuánta ternura paterna se intuye detrás de estas palabras!

El Evangelio invita insistentemente a la alegría. Bastan algunos ejemplos: “Alégrate” es el saludo del ángel a María (Lc 1,28). La visita de María a Isabel hace que Juan salte de alegría en el seno de su madre (cf. Lc 1,41). En su canto María proclama: “Mi espíritu se estremece de alegría en Dios, mi salvador” (Lc 1,47). Cuando Jesús comienza su ministerio, Juan exclama: “Ésta es mi alegría, que ha llegado a su plenitud” (Jn 3,29). Jesús mismo “se llenó de alegría en el Espíritu Santo” (Lc 10,21). Su mensaje es fuente de gozo: “Les he dicho estas cosas para que mi alegría esté en ustedes, y su alegría sea plena” (Jn 15,11). Nuestra alegría cristiana bebe de la fuente de su corazón rebosante. Él promete a los discípulos: “Estarán tristes, pero su tristeza se convertirá en alegría” (Jn 16,20). E insiste: “Volveré a verlos y se alegrará su corazón, y nadie les podrá quitar su alegría” (Jn 16,22). Después ellos, al verlo resucitado, “se alegraron” (Jn 20,20). ¿Por qué no entrar también nosotros en ese río de alegría?

El corazón del hombre desea la alegría, todos nosotros aspiramos a la alegría. Cada familia, cada pueblo aspira a la felicidad. ¿Pero cuál es la alegría que el cristiano está llamado a vivir y testimoniar? Es la que viene de la cercanía de Dios, de su presencia en nuestra vida. Jesús vino a traer la alegría a todos y para siempre.

No se trata de una alegría solamente esperada o desplazada al paraíso, ‘aquí en la tierra estamos tristes pero en el paraíso estaremos alegres’, no, no es esto. Sino una alegría ya real y que se puede sentir ahora, porque el mismo Jesús es nuestra alegría, es nuestra casa. Con Jesús la alegría está en casa, y sin Jesús no hay alegría. Jesús está vivo, es el resucitado, y



opera en nosotros, especialmente con su Palabra y los sacramentos.

Nunca se oyó decir de un santo triste o de una santa con la cara fúnebre, nunca se ha oído, sería un contrasentido. El cristiano es una persona que tiene el corazón colmado de paz, porque sabe poner su alegría en el Señor, incluso cuando atraviesa momentos difíciles en la vida. Tener fe no significa no tener momentos difíciles, sino tener la fuerza de enfrentarlos sabiendo que no estamos solos. Y esta es la Paz que Dios dona a sus hijos.

Pensemos ¿Vivo alegre en mi vida cristiana? ¿Quién es la fuente de mi alegría? ¿He abierto de par en par las puertas de mi existencia al amor de Cristo o tengo algunas ventanas cerradas donde no ha entrado todavía este amor? ¿Cuáles: afectividad, voluntad, sentimientos, éxitos, fracasos...?

Que la virgen María interceda por nosotros para que hoy y siempre nos alegremos en las palabras de Jesús: *“permanezcan en mi amor. Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Les he dicho esto, para que mi gozo esté en ustedes, y su gozo sea colmado.*

Hoy celebramos la Ascensión de Jesús al cielo, que tuvo lugar cuarenta días después de la Pascua. Los Hechos de los apóstoles relatan este episodio, la separación final del Señor Jesús de sus discípulos y de este mundo (cf. *Hch* 1, 2.9). El Evangelio de Marcos, en cambio, presenta el mandato de Jesús a los discípulos: la invitación a ir, a salir para anunciar a todos los pueblos su mensaje de salvación (cf. *Mc* 16, 15-20). «Ir», o mejor, «salir» se convierte en la palabra clave de la fiesta de hoy: Jesús *sale* hacia el Padre y ordena a los discípulos que *salgan* hacia el mundo (Cfr. Papa Francisco. *1 de junio de 2014*)

La Ascensión nos exhorta a levantar nuestra mirada hacia el cielo, para luego dirigirla inmediatamente hacia la tierra, llevando a cabo las tareas que el Señor resucitado nos confía. Esta solemnidad contiene dos elementos: dirige nuestra mirada al cielo, donde Jesús glorificado se sienta a la derecha de Dios y recuerda el comienzo de la misión de la Iglesia cuando Jesús resucitado y ascendido al cielo envía a sus discípulos a difundir el Evangelio por todo el mundo.

La misión confiada por Cristo es “una misión sin límites, literalmente sin límites”, porque supera las fuerzas humanas. Una tarea confiada a un pequeño grupo de hombres simples y sin grandes habilidades intelectuales que sólo puede lograrse “por el poder que Dios mismo concede a los Apóstoles”. Porque “Jesús les asegura que su misión será sostenida por el Espíritu Santo”, gracias al cual los Apóstoles pudieron comenzar su obra, proseguida más tarde por sus sucesores a través de los siglos.

La misión encomendada por Jesús a sus apóstoles continúa también hoy y “requiere la colaboración de todos nosotros”, que “en virtud del Bautismo recibido”, estamos capacitados para proclamar el Evangelio.

La Ascensión del Señor “nos pide que tengamos ojos y corazón para encontrarnos con él, servirlo y ser testigos de él ante los demás. Es su llamada a “ser hombres y mujeres de la Ascensión, es decir, buscadores de Cristo a lo largo de los caminos de nuestro tiempo, llevando su palabra de salvación hasta los confines de la tierra”

“En este viaje encontramos a Cristo mismo en nuestros hermanos, especialmente en los más pobres, en aquellos que sufren en carne propia la dura y mortificante experiencia de las viejas y nuevas pobrezas”.

Jesús, como lo hizo con sus discípulos, nos envía también hoy a nosotros, para que pongamos “signos concretos y visibles de esperanza”.

La Virgen María, que animó la fe de la primera comunidad de discípulos, también nos ayude a nosotros a mantener ‘nuestros corazones en alto’ y ‘los pies en la tierra’, sembrando “con coraje, el Evangelio en las situaciones concretas de la vida y la historia” (*Papa 13 de mayo/18*).

“Como el Padre me ha enviado, así también los envió yo... reciban el Espíritu Santo” (Jn 20, 21.22). Así nos dice Jesús. La efusión que se dio en la tarde de la resurrección se repite en el día de Pentecostés, reforzada por extraordinarias manifestaciones exteriores. La tarde de Pascua Jesús se aparece a sus discípulos y sopla sobre ellos su Espíritu (cf. Jn 20, 22); en la mañana de Pentecostés la efusión se produce de manera fragorosa, como un viento que se abate impetuoso sobre la casa e irrumpe en las mentes y en los corazones de los Apóstoles. Junto a ellos estaba María, la Madre de Jesús, primera discípula, Madre de la Iglesia naciente. Con su paz, con su sonrisa, acompañaba el gozo de la joven Esposa, la Iglesia de Jesús.

La Palabra de Dios, hoy de modo especial, nos dice que el Espíritu actúa en las personas y en las comunidades que están colmadas de él: guía hasta la verdad plena (Jn 16, 13), renueva la tierra (Sal 103) y da sus frutos (Ga 5, 22-23). Guía, renueva y fructifica.

La fiesta de Pentecostés es la fiesta del Espíritu Santo. A los cincuenta días de la Pascua, fue enviado el Espíritu Santo desde el seno del Padre, por el cauce de la humanidad santísima de Jesucristo, de cuyo costado, abierto por la lanza, manó sangre y agua. Y llenó toda la tierra, renovándola. La fiesta litúrgica de Pentecostés tiene la capacidad de actualizar aquella efusión del Espíritu Santo, para renovar hoy todo el universo. El Espíritu Santo, alma de la Iglesia. El Espíritu Santo, alma de nuestra alma, dulce huésped del alma.

Esa fuerza potente del Espíritu Santo no es una energía anónima, que pudiera desprender el cosmos. No. Se trata de una relación personal, una relación de amor, de tú a tú. El Espíritu actúa silenciosamente en nuestros corazones y los va inflamando con el fuego de su amor, nos va recordando las cosas de Jesús y nos da la profunda convicción de que somos hijos de Dios y miembros de su familia que es la Iglesia.

El Espíritu Santo prende en el corazón de los creyentes para hacerlos testigos: “Esta es la hora en que rompe el Espíritu el techo de la tierra, y una lengua de fuego innumerable purifica, renueva, enciende, alegra las entrañas del mundo. Esta es la fuerza que pone en pie a la Iglesia en medio de las plazas y levanta testigos en el pueblo...” (Himno litúrgico).

La fiesta de Pentecostés es por tanto la fiesta del apostolado. Los apóstoles, al recibir el Espíritu Santo, fueron fortalecidos con la fuerza de lo alto y se convirtieron en testigos valientes de Jesús en medio del pueblo, dispuestos incluso a sufrir persecución y hasta martirio por amor a Jesús. Las vigiliass y la misma fiesta de Pentecostés en cada una de las parroquias quiere alentar en todos el dinamismo apostólico que hoy necesita la Iglesia para presentarse ante el mundo como la Esposa de Cristo, signo transparente de su presencia y de su amor en el mundo, santa e inmaculada en medio del mundo.

No se puede entender la vida cristiana sin la presencia del Espíritu Santo: no sería cristiana. Sería una vida religiosa, pagana, piadosa, que cree en Dios, pero sin la vitalidad que Jesús quiere para sus discípulos. Y aquello que da la vitalidad es el Espíritu Santo, presente. El Espíritu da testimonio de Jesús para que nosotros podamos darlo a los demás. El Espíritu Santo nos abre el corazón para conocer a Jesús. Sin Él no podemos conocer a Jesús. Nos prepara al encuentro con Jesús. Nos hace ir por el camino de Jesús. El Espíritu Santo actúa en nosotros durante todo el día, durante toda nuestra vida, como testimonio que nos dice dónde está Jesús.

Por eso, nosotros hoy en este día de Pentecostés reafirmemos nuestra fe profunda y sólida en el Espíritu Santo, que es el Espíritu de Cristo: espíritu de justicia, dignidad, verdad, santidad, gracia. Y porque



lo necesitamos, nosotros creemos en el Espíritu de la Iglesia con su programa de amor contra el egoísmo campante, avasallador y pagano; de la verdad eterna contra el error ensordecedor; de la virtud contra el pecado demoleedor y camuflado. Nosotros creemos en el Espíritu de Dios, que cada mañana habla en nuestro corazón y nos aconseja, corrige, insinúa, manda, prohíbe, tonifica, enseña a tasar y discernir bien estas cosas del corazón, el cuerpo, las lágrimas y las risas, de los estados terminales del alma, la gloria, la eternidad y Dios.

¿Cómo es mi relación con el Espíritu Santo en mi día a día? ¿Inspira mis pensamientos, purifica mi corazón, fortalece mi voluntad? ¿Me lanza a predicar a Cristo sin vergüenza y con audacia y alegría?

**Para rezar:**

Oh Espíritu Santo,  
Amor del Padre, y del Hijo,  
Inspírame siempre  
lo que debo pensar,  
lo que debo decir,  
cómo debo decirlo,  
lo que debo callar,  
cómo debo actuar,  
lo que debo hacer,  
para gloria de Dios,  
bien de las almas

y mi propia Santificación.  
Espíritu Santo,  
Dame agudeza para entender,  
capacidad para retener,  
método y facultad para aprender,  
sutileza para interpretar,  
gracia y eficacia para hablar.  
Dame acierto al empezar  
dirección al progresar  
y perfección al acabar.  
Amén.

Hoy contemplamos la Santísima Trinidad tal como nos la dio a conocer Jesús. Él nos reveló que Dios es amor “no en la unidad de una sola persona, sino en la trinidad de una sola sustancia” (*Prefacio*): es **Creador y Padre** misericordioso; es **Hijo unigénito**, eterna Sabiduría encarnada, muerto y resucitado por nosotros; y, por último, es **Espíritu Santo**, que lo mueve todo, el cosmos y la historia, hacia la plena recapitulación final. Tres Personas que son **un solo Dios**, porque el Padre es amor, el Hijo es amor y el Espíritu es amor. Dios es todo amor y sólo amor, amor purísimo, infinito y eterno. No vive en una espléndida soledad, sino que más bien es fuente inagotable de vida que se entrega y comunica incesantemente.

**Nuestro Dios**, que se acerca y condesciende con el hombre es Amor, es una Trinidad de Amor en la cual el Padre es el **amante**, el Hijo, el **amado**, y el Espíritu Santo, el **amor** (cf. San Agustín: De Trinitate, VIII, 10, 14; IX, 2, 2). La primera lectura nos da los gestos de amor de ese Dios: nos habla a través de los patriarcas, profetas; nos salva de la esclavitud. Él será la alegría para nosotros, con tal que guardemos su Palabra y sus mandamientos. En la segunda lectura de hoy se nos da un paso más de este Dios cercano: es Padre amoroso y nosotros somos hijos en el Hijo, “*por lo que podemos “invocar a Dios Padre con el mismo nombre familiar que usaba Jesús: Abba”* (Juan Pablo II, Catequesis del 16 de diciembre, 1998). Por un Don del Padre los que creemos en el Hijo único llegamos a ser verdaderamente hijos en el Hijo único (Jn 1,12), según la conmovida expresión del apóstol Juan: “Miren qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (1Jn 3, 1).

En el evangelio se da el tercer paso de esta hermosa revelación de Dios. Dios es Trinidad. El Dios uno y simple, vive en tres Personas: el Padre, el Hijo, que tomó carne en Cristo, y el Espíritu Santo. La Trinidad significa que Dios no es un Dios solitario, sino una comunidad de amor. Dios es el amor hecho vida: amor como persona. El resto de lo que sabemos o podemos saber de Dios viene como consecuencia. Y en este evangelio, Cristo nos anuncia la misión que encomendó a la Iglesia. Es una misión triple: *evangelizadora* (“Vayan y hagan discípulos”), *celebrativa* (“bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”) y *vivencial* (“enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”).

En la Trinidad reconocemos también el modelo de la Iglesia, en la que estamos llamados a amarnos como Jesús nos amó. Es el amor el signo concreto que manifiesta la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es el amor el distintivo del cristiano, como nos dijo Jesús: “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros” (Jn 13, 35). Es una contradicción pensar en cristianos que se odian. Es una contradicción. Y el diablo busca siempre esto: hacernos odiar, porque él siembra siempre la cizaña del odio; él no conoce el amor, el amor es de Dios.

Todos estamos llamados a testimoniar y anunciar el mensaje de que “Dios es amor”, de que Dios no está lejos o es insensible a nuestras vicisitudes humanas. Está cerca, está siempre a nuestro lado, camina con nosotros para compartir nuestras alegrías y nuestros dolores, nuestras esperanzas y nuestras fatigas. Nos ama tanto y hasta tal punto, que se hizo hombre, vino al mundo no para juzgarlo, sino para que el mundo se salve por medio de Jesús (cf. Jn 3, 16-17). Y este es el amor de Dios en Jesús, este amor que es tan difícil de comprender, pero que sentimos cuando nos acercamos a Jesús. Y Él nos perdona siempre, nos espera siempre, nos quiere mucho. Y el amor de Jesús que sentimos, es el amor de Dios.

El Espíritu Santo, don de Jesús resucitado, nos comunica la vida divina, y así nos hace entrar en el dinamismo de la Trinidad, que es un dinamismo de amor, de comunión, de servicio recíproco, de participación. Una persona que ama a los demás por la alegría misma de amar es reflejo de la Trinidad. Una familia en la que



se aman y se ayudan unos a otros, es un reflejo de la Trinidad. Una parroquia en la que se quieren y comparten los bienes espirituales y materiales, es un reflejo de la Trinidad.

El amor verdadero es ilimitado, pero sabe limitarse para salir al encuentro del otro, para respetar la libertad del otro. Todos los domingos vamos a misa, juntos celebramos la Eucaristía, y la Eucaristía es como la 'zarza ardiendo', en la que humildemente habita y se comunica la Trinidad; por eso la Iglesia ha puesto la fiesta del *Corpus Christi* después de la de la Trinidad.

La Virgen María, con su dócil humildad, se convirtió en esclava del Amor divino: aceptó la voluntad del Padre y concibió al Hijo por obra del Espíritu Santo. En ella el Omnipotente se construyó un templo digno de él, e hizo de ella el modelo y la imagen de la Iglesia, misterio y casa de comunión para todos los hombres. Que María, espejo de la Santísima Trinidad, nos ayude a crecer en la fe en el misterio trinitario.

## **Benedicto XVI en el Corpus Christi: El cielo viene a la tierra**

(12 de junio de 2009)

*Para la homilía del Corpus les comparto, casi íntegras, dos homilías del Papa Benedicto: Una para la misa de la mañana y la otra que pudiera anteceder a la procesión.*

***“Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre”.***

Queridos hermanos y hermanas:

Estas palabras, que pronunció Jesús en la Última Cena, se repiten cada vez que se renueva el sacrificio eucarístico. Las acabamos de escuchar, en el Evangelio de Marcos, y resuenan con una singular potencia evocadora hoy, solemnidad del Corpus Christi. Nos llevan espiritualmente al Cenáculo, nos hacen revivir el clima espiritual de aquella noche cuando, al celebrar la Pascua con los suyos, el Señor, en el misterio, anticipó el sacrificio que se consumaría el día después sobre la cruz. La institución de la Eucaristía se nos presenta de este modo como anticipación y aceptación por parte de Jesús de su muerte. Escribe san Efrén de Siria: “Durante la cena, Jesús se inmoló así mismo; en la cruz Él fue inmolado por los otros” (Cf. *Himno sobre la crucifixión* 3,1).

“Esta es mi sangre”. Es clara aquí la referencia al lenguaje empleado para los sacrificios de Israel. Jesús se presenta a sí mismo como verdadero y definitivo sacrificio, en el cual se realiza la expiación de los pecados que, en los ritos del Antiguo Testamento, no se habían cumplido nunca totalmente. A esta expresión le siguen otras dos muy significativas. Ante todo, Jesucristo dice que su sangre “es derramada por muchos” con una comprensible referencia a los cantos del Siervo, que se encuentran en el libro de Isaías (Cf. capítulo 53). Al añadir “sangre de la alianza”, Jesús manifiesta además que, gracias a su muerte, se realiza la profecía de la nueva alianza fundada en la fidelidad y el amor infinito del Hijo hecho hombre, una alianza, por tanto, más fuerte que todos los pecados de la humanidad. La antigua alianza había sido sancionada en el Sinaí con un rito de sacrificio de animales, como hemos escuchado en la primera lectura y el pueblo elegido, liberado de la esclavitud de Egipto, había prometido seguir todos los mandamientos dados por el Señor (Cf. Éxodo 24, 3).

En verdad, Israel desde el comienzo, con la construcción del becerro de oro, se mostró incapaz de mantenerse fiel al pacto divino, que de hecho, transgredió muy a menudo, adaptando a su corazón de piedra la Ley que debería haberle enseñado el camino de la vida. Sin embargo, el Señor no faltó a su promesa y, por medio de los profetas, se preocupó en recordar la dimensión interior de la alianza y anunció que iba a escribir una nueva en los corazones de sus fieles (Cf. *Jeremías* 31,33), transformándolos con el don del Espíritu (Cf. *Ezequiel* 36, 25-27). Y fue durante la Última Cena cuando estableció con los discípulos esta nueva alianza, confirmándola no con sacrificios de animales, como ocurría en el pasado, sino con su sangre, que se convirtió “sangre de la nueva alianza”.

Ello se evidencia en la segunda lectura, tomada de la Carta a los Hebreos, donde el autor sagrado declara que Jesús es “mediador de una Nueva Alianza” (9,15). Lo es gracias a su sangre o, con mayor exactitud, gracias a su inmolación, que da pleno valor al derramamiento de su sangre. En la cruz, Jesús es al mismo tiempo víctima y sacerdote: víctima digna de Dios, porque está sin mancha, y sumo sacerdote que se ofrece a sí mismo, bajo el impulso del Espíritu Santo, e intercede por toda la humanidad. La Cruz es, por lo tanto, misterio de amor y de salvación, que nos purifica la conciencia de las “obras muertas”, es decir de los



pecados, y nos santifica esculpiendo la alianza nueva en nuestro corazón; la Eucaristía, renovando el sacrificio de la Cruz, nos hace capaces de vivir fielmente la comunión con Dios.

Queridos hermanos y hermanas. Os saludo a todos con afecto, empezando por el cardenal vicario y los demás cardenales y obispos presentes, como el pueblo elegido reunido en la asamblea del Sinaí, también nosotros esta tarde queremos reiterar nuestra fidelidad al Señor. Hace algunos días, abriendo el encuentro diocesano anual, he recordado la importancia de permanecer, como Iglesia, a la escucha de la Palabra de Dios en la oración y escrutando las Escrituras, especialmente con la práctica de la *lectio divina*, es decir, de la lectura meditada y adorante de la Biblia. Sé que se han promovido tantas iniciativas al respecto en las parroquias, en los seminarios, en las comunidades religiosas, en las cofradías, asociaciones y movimientos apostólicos, que enriquecen a nuestra comunidad diocesana. A los miembros de estos múltiples organismos eclesiales les dirijo mi saludo fraterno. Vuestra presencia tan numerosa en esta celebración, queridos amigos, muestra que nuestra comunidad, caracterizada por una pluralidad de culturas y de experiencias diversas, Dios la plasma como a "su" Pueblo, como el único Cuerpo de Cristo, gracias a nuestra sincera participación en la doble mesa de la Palabra y de la Eucaristía. Alimentados con Cristo, nosotros, sus discípulos, recibimos la misión de ser "el alma" de esta, nuestra ciudad (Cf. *Carta a Diogneto*, 6: ed. Funk, I, p. 400; ver también *Lumen Gentium*, 38), fermento de renovación, pan "partido" para todos, sobre todo para quienes viven situaciones de malestar, de pobreza, de sufrimiento físico y espiritual. Nos volvemos testigos de su amor.

Me dirijo particularmente a vosotros, queridos sacerdotes, que Cristo ha elegido para que junto con Él podáis vivir vuestra vida como sacrificio de alabanza por la salvación del mundo. Sólo de la unión con Jesús podéis obtener esa fecundidad espiritual que es generadora de esperanza en vuestro ministerio pastoral. Recuerda san León Magno que "nuestra participación en el cuerpo y la sangre de Cristo sólo tiende a volvernos en aquello que recibimos" (*Sermón 12, De Passione* 3, 7, PL 54). Si ello es verdad para cada cristiano, lo es con mayor razón para nosotros los sacerdotes. ¡Ser Eucaristía! Que éste sea, precisamente, nuestro constante anhelo y compromiso, para que al ofrecimiento del cuerpo y de la sangre del Señor que hacemos en el altar, se acompañe el sacrificio de nuestra existencia. Cada día, tomamos del Cuerpo y de Sangre del Señor aquel amor libre y puro que nos hace dignos ministros de Cristo y testigos de su alegría. Es lo que los fieles esperan del sacerdote: el ejemplo, es decir, de una auténtica devoción a la Eucaristía; aman verlo transcurrir largas pausas de silencio y de adoración ante Jesús, como hacía el santo cura de Ars.

Queridos hermanos y hermanas: como cada año, al final de la santa misa, se desarrollará la tradicional procesión eucarística y elevaremos, con las oraciones y los cantos, una imploración conjunta al Señor presente en la Hostia consagrada. Le diremos: ¡Quédate con nosotros Jesús, entrégate a nosotros y danos el pan que nos alimenta para la vida eterna! Libera a este mundo del veneno del mal, de la violencia y del odio que contamina las conciencias, purifícalo con la potencia de tu amor misericordioso. Y tú, María, que has sido mujer "eucarística" durante toda tu vida, ayúdanos a caminar unidos hacia la meta celestial, alimentados por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, pan de vida eterna y remedio de la inmortalidad divina ¡Amén!

## Homilía de Benedicto XVI en el Corpus Christi

Cristo sale a las calles y entra en las casas

En la fiesta del Corpus Christi, la Iglesia revive el misterio del Jueves Santo a la luz de la Resurrección. También en el Jueves Santo se tiene una procesión eucarística, con la que la Iglesia repite el éxodo de Jesús del Cenáculo al Monte de los Olivos. En Israel, se celebraba la noche de Pascua en casa, en la intimidad de la familia; se recordaba así la primera Pascua, en Egipto, la noche en la que la sangre del cordero pascual, rociada en los dinteles y en los postes de las casas, protegía contra el exterminador. Jesús, en esa noche, sale y se entrega en las manos del traidor, el exterminador y, de este modo, vence a la noche, vence a las tinieblas del mal. Sólo así el don de la Eucaristía, instituida en el Cenáculo, encuentra su cumplimiento: Jesús entrega realmente su cuerpo y su sangre. Atravesando el umbral de la muerte, se convierte en Pan vivo, auténtico maná, alimento inagotable por todos los siglos. La carne se convierte en pan de vida.

En la procesión del Jueves Santo, la Iglesia acompaña a Jesús al monte de los Olivos: la Iglesia orante siente el vivo deseo de velar con Jesús, de no dejarle solo en la noche del mundo, en la noche de la traición, en la noche de la indiferencia de muchos. En la fiesta del Corpus Christi, reanudamos esta procesión, pero con la alegría de la Resurrección. El Señor ha resucitado y nos precede. En las narraciones de la Resurrección se da un rasgo común y esencial; los ángeles dicen: el Señor «irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis» (Mateo 28, 7). Considerando esto con más atención, podemos decir que este «ir delante» de Jesús implica una doble dirección. La primera es, como hemos escuchado, Galilea. En Israel, Galilea era considerada como la puerta al mundo de los paganos. Y, en realidad, precisamente en Galilea, encima del monte, los discípulos ven a Jesús, el Señor, que les dice: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes» (Mateo 28, 19).

La otra dirección en la que precede el Resucitado aparece en el Evangelio de San Juan, en las palabras de Jesús a Magdalena: «No me toques, que todavía no he subido al Padre...» (Juan 20, 17). Jesús nos precede ante el Padre, sube a la altura de Dios y nos invita a seguirle. Estas dos direcciones del camino del Resucitado no se contradicen, sino que indican juntas el camino del seguimiento de Cristo. La verdadera meta de nuestro camino es la comunión con Dios, Dios mismo es la casa de las muchas moradas (Cf. Juan 14, 2 y siguientes). Pero sólo podemos subir a esta morada caminando «hacia Galilea», caminando por los caminos del mundo, llevando el Evangelio a todas las naciones, llevando el don de su amor a los hombres de todos los tiempos. Por ello, el camino de los apóstoles se ha extendido por «los confines de la tierra» (Cf. Hechos 1, 6 y siguientes); de este modo san Pedro y san Pablo llegaron hasta Roma, ciudad que entonces era el centro del mundo conocido, auténtica «caput mundi».

La procesión del Jueves Santo acompaña a Jesús en su soledad, hacia el «vía crucis». La procesión del Corpus Christi, por el contrario, responde simbólicamente al mandato del Resucitado: os precedo en Galilea. Id hasta los confines del mundo, llevad el Evangelio al mundo. Ciertamente la Eucaristía, para la fe, es un misterio de intimidad. El Señor ha instituido el Sacramento en el Cenáculo, circundado por su nueva familia, por los doce apóstoles, prefiguración y anticipación de la Iglesia de todos los tiempos. Por ello, en la liturgia de la Iglesia antigua, la distribución de la santa comunión se introducía con las palabras: «Sancta sanctis», el don santo está destinado a quienes han permanecido santos. Se respondía así a la advertencia dirigida por san Pablo a los corintios: «Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba del cáliz...» (1 Cor 11, 28). Sin embargo, de esta intimidad, que es un don sumamente personal del Señor, la fuerza del sacramento de la Eucaristía va más allá de los muros de nuestras Iglesias. En este sacramento, el Señor se encuentra siempre en camino hacia el mundo. Este aspecto universal de la presencia eucarística se muestra en la procesión de



nuestra fiesta. Llevamos a Cristo, presente en la figura del pan, por las calles de nuestra ciudad. Encomendamos estas calles, estas casas, nuestra vida cotidiana, a su bondad. ¡Que nuestras calles sean calles de Jesús! ¡Que nuestras casas sean casas para él y con él! Que en nuestra vida de cada día penetre su presencia. Con este gesto, ponemos ante sus ojos los sufrimientos de los enfermos, la soledad de los jóvenes y de los ancianos, las tentaciones, los miedos, toda nuestra vida. La procesión quiere ser una bendición grande y pública para nuestra ciudad: Cristo es, en persona, la bendición divina para el mundo. ¡Que el rayo de su bendición se extienda sobre todos nosotros!

En la procesión del Corpus Christi, acompañamos al Resucitado en su camino por el mundo entero, como hemos dicho. Y, de este modo, respondemos también a su mandato: «Tomad y comed... Bebed todos» (Mateo 26, 26 y siguientes). No se puede «comer» al Resucitado, presente en la forma del pan, como un simple trozo de pan. Comer este pan es comulgar, es entrar en comunión con la persona del Señor vivo. Esta comunión, este acto de «comer», es realmente un encuentro entre dos personas, es un dejarse penetrar por la vida de quien es el Señor, de quien es mi Creador y Redentor. El objetivo de esta comunión es la asimilación de mi vida con la suya, mi transformación y configuración con quien es Amor vivo. Por ello, esta comunión implica la adoración, implica la voluntad de seguir a Cristo, de seguir a quien nos precede. Adoración y procesión forman parte, por tanto, de un único gesto de comunión; responden a su mandato: «Tomad y comed».

María, la Madre del Señor, nos enseña realmente lo que es entrar en comunión con Cristo: María ofreció su propia carne, su propia sangre a Jesús y se convirtió en tienda viva del Verbo, dejándose penetrar en el cuerpo y en el espíritu por su presencia. Pidámosle a ella, nuestra santa Madre, que nos ayude a abrir cada vez más todo nuestro ser a la presencia de Cristo para que nos ayude a seguirle fielmente, día tras día, por los caminos de nuestra vida. ¡Amén!

*“Escuchar la palabra de Dios y ponerla por obra”*

Las palabras de Jesús sonaban a nuevas, como nueva parecía la autoridad de quien las pronunciaba. Palabras que tocaban el corazón y en las que muchos veían la fuerza de la salvación que anunciaban. Por eso la gente sigue a Jesús, aunque también estén los que le siguen por conveniencia, sin mucha pureza de corazón, quizá solo por las ganas de ser más buenos. En dos mil años no parece que ese escenario haya cambiado. También hoy muchos escuchan a Jesús como los nueve leprosos del evangelio que, felices por haber recobrado la salud, se olvidan de Jesús, que es quien les ha curado.

Pero Jesús sigue hablando a la gente porque quiere a esa gente hasta el punto de decir: *los que me siguen —esa muchedumbre inmensa—, esos son mi madre y mis hermanos*. Y lo explica: *los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica* (cfr. Lc 8,21). Son las dos condiciones para seguir a Jesús: escuchar la palabra de Dios y ponerla por obra. Esa es la vida cristiana, nada más. Así de sencilla. Tal vez nosotros la hemos hecho un poco difícil, con tantas explicaciones que nadie entiende, pero la vida cristiana es así: escuchar la palabra de Dios y practicarla.

Por eso, como dice san Lucas, Jesús contesta al que le decía que sus parientes lo están buscando: *«Mi madre y mis hermanos son éstos: los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra»* (Lc 8,21). Y para escuchar la palabra de Dios, la palabra de Jesús, basta abrir la Biblia, el evangelio. Pero esas páginas no son solo para leerlas sino para escucharlas. Escuchar la palabra de Dios es leerla y decir: *¿Qué está diciendo esto a mi corazón? ¿Qué me está diciendo Dios a mí con esas palabras?* Y nuestra vida cambia. Cada vez que hacemos eso —abrir el evangelio, leer un pasaje y preguntarnos: *¿Con esto Dios me habla, me dice algo? Y si dice algo, ¿qué me está diciendo?*— estamos escuchando la palabra de Dios, con los oídos y con el corazón. Abrid el corazón a la palabra de Dios. Los enemigos de Jesús escuchaban su palabra, pero estaban allí para intentar atraparle en un error, para hacerlo resbalar, y que perdiese autoridad. Pero nunca se preguntaban: *¿Qué me dice Dios en estas palabras?* Y Dios no habla para todos en general: sí, habla para todos, pero nos habla a cada uno. El evangelio ha sido escrito para cada uno de nosotros.

Es verdad que poner por obra lo que se escucha no es fácil; es más fácil vivir tranquilamente sin preocuparse de las exigencias de la palabra de Dios. Pistas concretas para hacerlo son los Mandamientos y las Bienaventuranzas, contando siempre con la ayuda de Jesús, también cuando nuestro corazón escucha pero hace como que no entiende. Él es misericordioso y perdona a todos, espera a todos, porque es paciente. Jesús recibe a todos, incluso a los que van a escuchar la palabra de Dios y luego lo traicionan. Pensemos en Judas. “Amigo”, le llama en el momento en que Judas le traiciona. *El Señor siempre siembra su palabra, y solo pide un corazón abierto para escucharla y buena voluntad para ponerla por obra*. Por eso la petición de hoy que sea la del Salmo: *Guíame Señor por la senda de tus mandatos* (S 118,33), es decir, la senda de tu palabra, y que yo aprenda, con tu ayuda, a ponerla en práctica.

La Escritura en la Carta de Santiago leemos este texto sobre la Palabra de Dios: “Nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuéramos como las primicias de sus criaturas. Ténganlo presente, hermanos míos queridos: que cada uno sea diligente para escuchar y tardo para hablar, tardo para la ira... Por eso, desechen toda inmundicia y abundancia de mal y acojan con docilidad la Palabra sembrada en ustedes, que es capaz de salvar sus almas. Pongan por obra la Palabra y no se contenten sólo con oírla, engañándose a ustedes mismos. Porque si alguno se contenta con oír la Palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contempla su imagen en un espejo: se contempla, pero, en cuanto se va, se olvida de cómo



es. En cambio, el que fija la mirada en la Ley perfecta de la libertad y se mantiene firme, no como oyente olvidadizo sino como cumplidor de ella, ése, practicándola, será feliz” (St 1,18-25).

“La Palabra de Dios -decía san Ambrosio- es la sustancia vital de nuestra alma; la alimenta, la apacienta y la gobierna; no hay nada que pueda hacer vivir el alma del hombre fuera de la Palabra de Dios” (S. Ambrogio, *Exp. Ps.* 118, 7,7 (PL 15, 1350). “Es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios -añade la *Dei Verbum*-, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual (*Dei Verbum*, 21).

Podemos elevar como san Agustín (*Confesiones*) nuestro corazón a Dios, para obtener la comprensión de la Palabra de Dios: “Sean tus Escrituras mis castas delicias: no me engañe yo en ellas, ni engañe a nadie con ellas... Atiende a mi alma, y óyela, que clama desde lo profundo... Concédeme tiempo para meditar sobre los secretos de tu Ley, y no cierres sus puertas a los que llaman... Mira que tu voz es mi gozo; tu voz es un deleite superior a cualquier otro. Dame lo que amo... No deprecies a esta hierba sedienta... Que al llamar, se me abran las interioridades de tus palabras... Lo pido por nuestro Señor Jesucristo... en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios (Col 2,3). A Éste busco en tus libros” (*Conf.* XI, 2, 3-4).

*“Era la semilla más pequeña, pero se hace más alta que las demás hortalizas”*

*El Reino de Dios* es como una planta. Este *Reino* como planta comienza primero como sencilla semilla el día de nuestro bautismo. Viene el tallo débil. Con el agua y el sol de la gracia y de los sacramentos, esa planta crece y se convierte en árbol con hojas, flor y fruto. Y nos da sombra y nos alimenta.

*El Reino de Dios* comenzó humilde con doce hombres débiles. Jesús plantó esa semilla en el interior de esos hombres pescadores. Fue regando esa semilla con el agua de su Palabra y con el abono y nutriente de su sangre. Y ese Reino iba creciendo en la mente, en el corazón y en la voluntad de los apóstoles. ¡En tres años de vida pública cuánto cambio en esos pobres y sencillos hombres! Su *mente* hecha sólo de categorías humanas –pesca, impuestos, ambiciones, fanatismos- fue abriéndose a la dimensión trascendente: pesca de hombres, impuestos compartidos, ambiciones convertidas en espíritu de servicio, y fanatismos, en apertura y respeto por todos.

Su *corazón* que estaba circunscrito al grupo de sus familiares y amigos fue dilatándose y abriendo a otras culturas a las que también estaba destinada esa semilla del Reino de Cristo. Y cada uno de los apóstoles fue a evangelizar por estos pueblos de Dios con una *voluntad* de hierro. En el año 150 pudo decir Tertuliano: *“Somos de ayer y llenamos el mundo”*. Y el huracán llamado Saulo de Tarso que viajó por Asia, Grecia, Roma... fundando comunidades eclesiales y llevando el polen de esa planta del Reino, aunque esto le supusiera hambres, cárcel, torturas, naufragios y peligros sin fin.

*El Reino de Dios* fue creciendo y extendiendo sus ramas allá donde le permitían, llegando a lugares insospechados donde había imperios potentes con árboles añosos y culturas milenarias, pero donde faltaba la savia divina y evangélica. Y así ese primer grupo de pescadores fue expandiéndose por el mundo, formando la Iglesia. Iglesia que es el fruto de la muerte de Cristo, regada con su agua, vivificada con su sangre; agua y sangre que brotaron de su costado abierto. Los apóstoles, después de Pentecostés salieron y extendieron sus ramos, haciéndose árbol frondoso, donde muchos de sus frutos fueron comidos por las fieras, otros pisoteados, burlados; y algunos fueron saboreados por almas hambrientas de paz, amor, justicia y felicidad.

Y después de los apóstoles muchos misioneros, dejando sus patrias y familias, se embarcaban a mundos desconocidos, con el único imperativo interior de llevar la semilla de ese Reino de Cristo: el Nuevo Mundo de América, Asia, África y Oceanía. No fue fácil la expansión de esa semilla, de siglo en siglo. En algunas épocas fue sofocada por la moral decadente, por el poder arbitrario de los Estados absolutistas, por las herejías que trataban de mezclar la buena semilla con cizaña, por apostasías que clamaban al cielo, por filosofías ateas, por ideologías de cuño marxista, liberal, hedonista y materialista; por grandes tempestades y huracanes que querían destruir esa semilla, y, lógicamente, apenas había espacio para germinar.

*El Reino de Dios* quiere también crecer en cada uno de nosotros, interiormente. Para ello tenemos que dejar abierta nuestra *mente* para que entre y puedan cuajar los criterios evangélicos. Para ello tenemos que abrir el *corazón* para que esa semilla se cuele y purifique nuestros afectos limpiándolos y elevándolos con la caridad de Cristo. Para ello tenemos que permitir que la semilla del evangelio encuentre un hueco en nuestra *voluntad* y provoque la revolución de la conversión del pecado a la gracia.

¿Cómo están las raíces de mi árbol cristiano, fuertes porque están alimentadas por la Palabra y la Eucaristía?, ¿cómo está el tronco: firme o a punto de caer ante el primer vendaval? ¿Y las hojas: verdes o



secas? ¿Estoy dando frutos sabrosos de virtudes? ¿Comparto esos frutos en mi familia, en mi trabajo, en mi parroquia, entre mis amigos? ¿Cuántos “pájaros vienen a cobijarse a la sombra de mi árbol”?

Señor, sigue regando y abonando con tu gracia el árbol del Reino que ha crecido en mi interior para que llegue a la madurez y dé frutos de vida eterna. Y dame fuerzas y coraje y osadía para llevar el polen de mi buen ejemplo y de mi palabra convencida y sincera a fin de que llegue a todas las extremidades de la tierra y queden fecundadas con la semilla de tu Evangelio.

## Se levantó una gran tempestad

El Evangelio de este Domingo es el de la tempestad calmada. Al atardecer, después de una jornada de intenso trabajo, Jesús sube a una barca y les dice a los apóstoles que vayan a la otra orilla. Agotado por el cansancio, se duerme en popa. Mientras tanto se levanta una gran tempestad que anega la barca. Asustados, los apóstoles, despiertan a Jesús, gritándole: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?». Tras levantarse, Jesús ordena al mar que se calme: «¡Calla, enmudece!». El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza. Después, les dijo: «¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?».

Vamos a tratar de comprender el mensaje que nos dirige hoy esta página del Evangelio. La travesía del mar de Galilea indica la travesía de la vida. El mar es mi familia, mi comunidad, mi corazón mismo. Pequeños mares, en los que se pueden desencadenar, como sabemos, tempestades grandes e imprevistas. ¿Quién no ha conocido algunas de estas tempestades, cuando todo se oscurece y la barquita de nuestra vida comienza a hacer agua por todas las partes, mientras Dios parece que está ausente o duerme? Un diagnóstico alarmante del médico, y nos encontramos de repente en plena tempestad. Un hijo que emprende un mal camino dando de qué hablar y ya tenemos a los padres en plena tempestad. Un revés financiero, la pérdida del trabajo, el amor de novio, del cónyuge, y nos encontramos en plena tempestad. ¿Qué hacer? ¿A qué podemos agarrarnos y hacia qué lado podemos tirar el ancla? Jesús no nos da la receta mágica para escapar de todas las tempestades. No nos ha prometido que evitaremos todas las dificultades; nos ha prometido, sin embargo, la fuerza para superarlas, si se lo pedimos.

San Pablo nos habla de un problema serio que tuvo que afrontar en su vida y que llama «un aguijón en mi carne». «Tres veces» (es decir, infinitas veces), dice, rogó al Señor que le liberara de él y ¿Que le respondió?: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza». Desde aquel día, nos dice, comenzó incluso a gloriarse de sus debilidades, persecuciones y angustias, hasta el punto de poder decir: «cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Corintios 12, 7-10).

La confianza en Dios: este es el mensaje del Evangelio. En aquel día, lo que les salvó a los discípulos del naufragio fue el hecho de llevar a Jesús en la barca, antes de comenzar la travesía. Esta es también para nosotros la mejor garantía contra las tempestades de la vida. Llevar con nosotros a Jesús. El medio para llevar a Jesús en la barca de la propia vida y de la propia familia es la fe, la oración y la observancia de los mandamientos.

Cuando se desencadena en el mar la tempestad, al menos en el pasado, los marinos solían echar aceite sobre las olas para calmarlas. Nosotros echamos sobre las olas del miedo y de la angustia la confianza en Dios. San Pedro exhortaba a los primeros cristianos a tener confianza en Dios en las persecuciones, diciendo: «confiadle todas vuestras preocupaciones, pues Él cuida de vosotros» (1 Pedro 5, 7). La falta de fe que reprochó Jesús en esa ocasión a los discípulos se debe al hecho de poner en duda el que le «importe» su vida e incolunidad: «¿no te importa que perezcamos?».

Dios nos cuida, le importa nuestra vida, ¡y de qué manera! Una anécdota citada con frecuencia habla de un hombre que tuvo un sueño. Veía dos pares de huellas que se habían quedado grabadas en la arena del desierto y comprendía que una par de huellas eran las de sus pies y el otro par las de los pies de Jesús, que caminaba a su lado. En un cierto momento, un par de huellas desaparece, y comprende que esto sucedió precisamente en un momento difícil de su vida. Entonces se lamenta con Cristo, que le dejó sólo en el momento



de la prueba. «Pero, ¡yo estaba contigo!», responde Jesús. «Cómo es posible que estuvieras conmigo, si en la arena sólo se ven las huellas de dos pies?». «Eran las mías -responde Jesús-. En esos momentos, te había cargado a hombros».

Recordémoslo cuando también nosotros sintamos la tentación de quejarnos con el Señor porque nos deja solos.

### *El contacto de Cristo nos sana y nos salva*

Siguen los milagros con que Jesús demuestra su condición divina. Si el domingo pasado calmaba la tempestad del lago, hoy se nos presenta como señor y liberador de la enfermedad y de la muerte. Y sólo con un toque. *“Grande es el poder de Cristo, poder que no sólo habita en su alma, sino que del alma pasa al cuerpo, y del cuerpo redunda hasta el propio vestido”* (San Hilario). Para ser curados de la enfermedad o de la muerte es necesario que seamos tocados por Cristo (hija de Jairo) o que nosotros lo toquemos con la fe y confianza (mujer hemorroísa).

Dios se hizo hombre para entrar en contacto con nosotros. Dios descendió hasta nosotros para poder tocarnos a nosotros y para que nosotros pudiéramos tocarlo a Él. El contacto con Cristo es nuestra salud: *“Toda la gente quería tocarlo porque salía de él una fuerza que sanaba a todos”*. La Encarnación fue justamente ese intento de Dios para tocar a la humanidad y sanarla, porque estaba herida por el pecado; pecado que provocó la enfermedad y la muerte. Las correrías apostólicas de Cristo durante su vida pública no fueron otra cosa que el grande deseo de tocar a los hombres con su Palabra confortadora, su gesto y su mirar misericordioso y sus milagros maravillosos que sanaban cuerpo y alma. La sangre que derramó en Getsemaní y en el Calvario purificó y fecundó nuestro suelo, sembrando la vida divina en nuestros corazones.

Por otra parte, sabemos por el evangelio que no todos supieron tocar a Jesús ni se dejaron tocar por Jesús. Algunos sumos sacerdotes, fariseos y escribas quisieron tocar a Jesús desde su envidia e soberbia, y no permitieron que la fuerza salvadora y sanadora de Cristo entrara en sus almas y las curara de su soberbia y orgullo. También hubo reyes –Herodes- y procuradores –Pilato- que intentaron tocar a Jesús sólo desde la razón de Estado; y nada consiguieron. Muchos de los que a Él acudían le quisieron tocar exteriormente sólo por pura curiosidad o conveniencia; a éstos tampoco les llegó la irradiación del poder salvador de Cristo. Pero sabemos que hubo también bastantes que se acercaron a Cristo con la fe y la confianza, como Jairo y la hemorroísa, mujer considerada impura por sus coterráneos hebreos, pues sufría de un extraño flujo desde hacía años. Y, ¿qué pasó? Obtuvieron la salud del cuerpo y del alma.

Ahora, nosotros podemos preguntarnos: ¿cómo y dónde podemos hoy tocar a Cristo y ser tocados por Él, y así ser curados? Hoy podemos tocar a Cristo en los sacramentos, en el hermano pobre que está en las periferias existenciales y en el hermano que vive a tu lado, en tu familia. *Primero*, en los sacramentos: en la Eucaristía tocamos ese Pan de vida que nos tonifica, nos alimenta, nos santifica. En la confesión tocamos a ese Cristo Médico que nos perdona, nos alienta, nos cura las llagas que dejó el pecado. En los demás sacramentos tocamos a Cristo que con su gracia bendice y eleva el matrimonio al nivel sobrenatural, haciendo a esos esposos reflejo fiel y fecundo de Cristo y la Iglesia; hace de ese hombre “otro Cristo”, un ministro ungido y consagrado; en la unción de enfermos, ese toque es todavía más visible y trepidante cuando el sacerdote derrama el óleo consagrado sobre la frente y las manos del enfermo. *Segundo*, podemos tocar a Cristo en nuestro hermano pobre que está en las periferias, como nos dice el Papa Francisco; tocarle con nuestra caridad misericordiosa, atenta y generosa, sin asco ni recelo. Y *finalmente*, podemos tocar a Cristo en ese prójimo que está a mi lado: mi esposo, mi esposa, mis hijos, mis parientes, amigos y vecinos...con la sonrisa, el perdón, el gesto servicial, la palabra amable, la palmadita en la espalda...

Así que, si nosotros también queremos ser curados, toquemos por la fe la orla de Cristo. La hemorroísa del evangelio de hoy soy yo, que tantas veces se me va la vida a chorros, desangrándome por las calles y las plazas, buscándome a mí mismo, en lugar de amar a los que salen a mi encuentro; inmisericorde, enjuiciando,



condenando... viviendo de las apariencias, del dinero, del ego. Yo soy esa mujer impura, esa mujer necesitada del perdón de Dios.

Señor, ten misericordia de mí, que soy un pecador. Tócame con tu gracia divina y cúrame. Aumenta mi fe para acercarme a tus sacramentos donde te toco en lo profundo de mi alma. Que con mi caridad lleve tu toque divino a mis hermanos.

Hay personas, con tono de añoranza, que afirman que habrían sido muy afortunadas si hubieran podido conocer personalmente a Jesús. Y añaden que su fe sería mucho más fuerte y firme, más contagiosa y misionera, si hubiera sido alimentada por la experiencia incluso física y sensible de haber visto y oído al Señor. Es fácil adivinar lo gratificante que sería para todo cristiano el poder escuchar a Jesús y caminar a su lado y tras Él, como lo hicieron sus inmediatos discípulos, compartiendo sus andanzas, sus signos y milagros. Sería muy gratificante, sí, pero esto no da la fe.

El Evangelio de este domingo nos habla precisamente de cómo Jesús no fue aceptado ni creído por los suyos, por sus paisanos. Allá en la sinagoga de su pueblo, al llegar el sábado la multitud se aprestó a escucharle. Pero se preguntaba con asombro: ¿de dónde saca todo eso que nos dice?, ¿pero no es el carpintero, el hijo de la señora María...? Y no le creyeron. Llega a decir el Evangelio que no pudo hacer milagros, por la falta de fe de sus paisanos. Dirá entonces Jesús una frase célebre, que ha pasado al decir popular: nadie es profeta en su tierra, ni en su casa, ni entre su gente.

Lo que hay de fondo en toda esta cuestión, es la cotidianidad, la sencillez de cada día en la que Dios se ha querido manifestar y revelar. Acaso si el Mesías se hubiera presentado de un modo estrafalario, estrambótico, de forma extraordinaria, a bombo y platillo, con alharaca y música..., entonces habrían aceptado su palabra. De hecho así esperaban algunos grupos al Mesías.

La respuesta de Dios entonces y siempre, suele tener ese tono sencillo y cotidiano. Él puede responder en un momento dado a través de lo extraordinario y excepcional, pero suele responder, más bien, en los avatares y personas del cada día. Quienes le esperaban en la prepotencia y notoriedad política, religiosa, terrorista (que para todo había), fueron incapaces de reconocer el Rostro de Dios y su Palabra en Jesús. Santa Teresa lo dirá con su acostumbrado gracejo diciendo que "Dios está entre los pucheros". Y eso es lo que nos dice el Evangelio de este domingo: descubrirle en los entramados de nuestros días laborables y festivos, en los momentos sublimes o corrientes, en los esperados o sorpresivos. Jesús está mucho más cerca de lo que pensamos, porque también Él es 'paisano' nuestro, y camina en nuestras calles, en nuestros negocios y nos habla en nuestros lenguajes. Pero también hoy, como siempre, sólo los de corazón sencillo y pura mirada, son capaces de reconocer a quien nunca se marchó de nuestro lado.

Finalmente, hoy en día, en muchos espacios no se quiere escuchar a Jesús y se le teme a su palabra. Quizás a nosotros nos pase lo mismo que a los de Nazaret. El no tener fe, el no creer en Dios, el no aceptar su Omnipotencia, el no tener confianza en sus decisiones, el no aceptar su Voluntad, es como si nos hiciéramos impermeables a la Gracia (que es Dios mismo) y a sus gracias, que son los auxilios divinos que están a nuestra disposición en todo momento.

Por otra parte vemos que la Fe está siendo atacada desde las sectas y desde los errores y herejías del New Age o Nueva Era, desde los diversos ámbitos políticos... con los que se pretende destruirla, al presentar errores como aparentes verdades, engañando a muchos cristianos. Pensemos, por ejemplo, en el caso del 3 de junio, en que la Primera Sala de la Suprema Corte de Justicia de la Nación determinó que: "La Ley de cualquier entidad federativa que, por un lado, considere que la finalidad del matrimonio es la procreación y/o que lo defina como el que se celebra entre un hombre y una mujer, es inconstitucional". Es el rechazo sistemático a Cristo y a su Iglesia... en nombre de una investigación histórica "objetiva" que, en ciertas formas, se reduce a lo más "subjetivo" que se pueda imaginar, traducida en una carrera para ver quién logra presentar un Cristo más a la medida del hombre de hoy, despojándole de toda prerrogativa trascendente.



¿No podría hoy decirnos Dios lo mismo que dijo ayer por boca de Ezequiel: Florece la injusticia, el orgullo da sus frutos y la violencia reina para imponer el mal... Sin embargo quedará un resto de ustedes ... se acordarán entonces de Mí ...Yo ablandaré su corazón traidor que se apartó de Mí” (Ez. 6)?

Entonces debemos saber que, a pesar de todo que pretendan cambiar el lenguaje, los conceptos, la idea de Dios, el mensaje y la persona de Jesús y la enseñanza de la Iglesia, Nosotros nos basamos, como criterio último, en lo que dice la Palabra de Dios. Si otros no la quieren seguir, los respetamos; pero los creyentes hemos de obedecer a Dios antes que a los hombres.